

5.

Quiera el pueblo votar: ¿significó otra realidad política que no alcanzó a modificar las estructuras de poder?

El movimiento cívico-militar del 90, amén de depurar al gobierno de un presidente al cual le fueron atribuidos todos los errores de la convulsionada década del 80, que hemos tratado en dos reuniones anteriores, mostró la aparición de una Unión Cívica que poco después se haría Nacional con Bernardo de Irigoyen y Radical con el liderazgo de Leandro Alem y un programa de restablecimiento de las instituciones, honradez administrativa, libertad de sufragio y respeto a las autoridades comunales y provinciales.

Triunfante en los comicios de 1892 Luis Sáenz Peña, único candidato capaz de desarmar el ímpetu de los modernistas de su hijo Roque, inició una gestión muy difícil desde el comienzo; surgido el presidente del acuerdo, quiso librarse de él y pagó bien cara su osadía. Llamó en su auxilio a los cívicos, pero la revolución desde arriba de Aristóbulo del valle, no pudo contener la revolución desde abajo, que convulsionara a varias provincias: esto debilitaría al gobierno ya vacilante del anciano y probo magistrado y habrían de provocar su renuncia, con el fortalecimiento consiguiente del partido nacional ante la ascensión de Uriburu al poder.

Alem, apresado y recluso en el 93, siente en 1896 que "la Montaña", con su tremenda carga de problemas económicos, políticos y de salud se abate sobre él. Con su suicidio, surgiría única e indiscutible la conducción radical de Hipólito Irigoyen.

Un nuevo período presidencial con olor a pólvora ante los temores de una guerra con Chile promocionarán el nombre del veterano General Roca, el hombre del destino para los momentos difíciles que se avecinan; Pellegrini, gestor de esa candidatura, dirá del radicalismo -no sin razón- que es más bien un temperamento que un partido político, al que su inflexibilidad impedirá gobernar. A la rama acuerdista de las paralelas la define con agudeza: "cuando hay deseos de acercarse e imposibilidad de unirse". Quedaba, desechando el mitrismo, del que sólo persistía la figura de su jefe, firme en pié, el Partido Nacional, como fuerza poderosa, "unida y compacta" a quien confiar el poder, Esas mismas paralelas con condenadas por Yrigoyen como contubernio al decir: "No buscamos las satisfacciones efímeras de triunfos mal conquistados, mientras decide persistir en la lucha y decreta la abstención de su partido.

Algunos correligionarios creían que era lícito y conveniente acordar una participación en el poder para colaborar al mejoramiento de las instituciones, sin bajar las banderas, como una preparación para el futuro, como una revolución desde adentro. El radicalismo se lanzará a la revolución civil "ejercitando el sagrado deber de la protesta armada, ante las vacilaciones de los partidos, cuyo solo anhelo es la posesión de los puestos públicos". La revolución, frustrada en la Capital Federal, por lo que los iniciales triunfos provinciales se anularían, desacreditó la conducción del caudillo radical, e iría alejando de éste a brillantes personalidades como Lisandro de la Torre o Pedro Molina. El primero lo acusa de ejercer una influencia negativa y terrible que destruye la gran política de la coalición por "sentimientos pequeños e inconfesables", calificando a su retórica de "jerga electoral sin nobleza", donde no hay forma ni pensamiento y que sirve admirablemente lo mismo para catequizar adeptos y fundar caudillismos. Concluiría implacable: "Merecemos a Roca".

Molina, en sus cartas, cuestionaba la falta de objetivos y convicciones en un partido en obediencia al caudillo y "unido por el solo vínculos del odio a la camarilla gobernante", esterilizando su acción en la abstención con la que "no se presta concurso alguno eficaz al mejoramiento de las instituciones democráticas". Pero Yrigoyen, con su moralismo krausista, no quiere mezclarse con el Régimen, del que sólo ve sus vicios y no sus realizaciones, se

encuentra cómodo en la acera de enfrente y se resiste a mezclarse con la realidad que todo lo deforma y envilece.

Como declarara en 1932, su acción fue siempre rechazar posiciones, desde el ministerio ofrecido por del Valle en nombre de Sáenz Peña; a la gobernación de Buenos Aires propuesta por Ugarte, Sáenz Peña y Pellegrini; tampoco aceptó el predominio electoral de Córdoba y Buenos Aires, que Figueroa Alcorta ofreciera por medio de Benito Villanueva para derrotar a oca y a Ugarte, negándose asimismo a la presidencia que Roca le ofreciera sobre la base de deponer a Figueroa Alcorta; manteniendo la abstención de cargos públicos para él y sus correligionarios en sus manifiestos revolucionarios. Para el ideólogo, desconfiado de la concupiscencia del poder, mientras observaba la lucha electoral desde el alto sitio de “los principios que forman LA CAUSA”, llegaría el momento supremo de encontrar el ideal hecho realidad. Ya Pellegrini, separado de Roca, enjuicia como histórica su presidencia pero “por lo pequeña y funesta”, y acusa a su gobierno personal de desorganizar a los partidos, “favoreciendo en provincia una política estrecha que suprimía toda manifestación de vida cívica”. Como Figueroa Alcorta quiere imponer la pureza del sufragio y adelantándose a Sáenz Peña dirá que “la verdad del voto popular si el cual nuestro sistema de gobierno representativo es una burla, es la conquista que nos queda por realizar, si hemos de ser una gran nación”. El presidente elevado poco después del Centenario a la primera magistratura, diría que “un pueblo que no delibera, que no piensa, que no puede votare ni darse gobiernos propios no es un pueblo”, y lo instaría: “QUIERA VOTAR”.

¿Qué significó en suma esa frase que abría una nueva época en el panorama electoral del país para los políticos de la hora? Roca, con su acendrado realismo político sabía que era el fin de un partido, el fin de una época y también el fin de un proyecto nacional. Sáenz Peña, imbuido de una confianza ingenua, creía inaugurar una nueva época de esplendor para el viejo P.A.N., -merced al verdor de la nueva rama, el Autonomismo-, que nucleaba las mejores intelectualidades, que había sido el hacedor de las grandes realizaciones materiales, que planteaba el camino de las sociales, que había integrado a la Nación a los grandes países del orbe, y que, por el voto otorgado, se había lavado la mácula de fraude y había conquistado, al fin, su altura moral.

La sorpresa que para ellos significó el resultado de las elecciones santafesinas, se nota en la indignación de Ezequiel Ramos Mejía -en carta al presidente- al juzgar la mistificación que los políticos locales de su partido habían hecho de sus propios elementos, y la vergüenza ante la lección dada por los radicales, tratados por años “como parias pestosos, sin patria y sin hogar”.

De todos los documentos que hemos leído sobre el tema -la mayor parte de los cuales han sido recopilados recientemente y expuestos en una síntesis por la Lic. Hebe Clementi- hay uno que para nosotros es revelador del pensamiento de Yrigoyen ante la misma instancia. Narra Ricardo Caballero, que detenido por aquel cuando se aprestaba a marchar hacia Santa Fe con un correligionario, les recordó que el ideario radical había sido “concebido para imponerlo y realizarlo por una fuerza selecta y auténticamente argentina” y “cualquier finalidad práctica, cualquier deseo de medro personal no tenía hasta ayer cabida”; ahora debía cambiarse “la abstención y conspiración en militancia política”, aquilatando desde ya una nueva manera de actuar, por la necesidad del número, lo cual los haría encontrarse “con hombres movidos por finalidades prácticas, por recónditas ambiciones personales” y así deberían marchar “llevando a un lado el hombre de intención más pura” y “del otro lado tal vez algún pillete simulador y despreciable”. El eco final de sus palabras condensa el pensamiento yrigoyenista, en un verdadero testamento de principios:

“...Pero no dejen que en las apasionadas luchas del interés, se consuma del todo la idealidad que nos ha mantenido unidos hasta hoy, transen lo menos que puedan con la realidad”.

En este cruce de caminos políticos, de una política que nace y una política que muere, vemos a Yrigoyen partiendo de la reparación hacia el poder; y a Sáenz Peña, participante siempre de éste, queriendo moralizarlo, dignificarlo, darle a las grandes concreciones económicas del Régimen, un contenido de pureza cívica, de ideales levantados. Pero esa dignificación acabó con el partido que había hecho su paso de despotismo ilustrado por un país que -transformado por su acción- estaba ya muy lejos de aquel de 1880, en el cual irrumpiré con determinación.

El Partido Radical, en cambio, altamente moral e idealista, nunca probado en las lides de gobierno, luego de veinte años de opresión y de luchas, se vería ungido por tres presidencias sucesivas, debiendo descender a la conquista del voto, debiendo pasar desde la consustanciación en el ideal, al populismo por la necesidad electoral., Las prevenciones de Yrigoyen ante la crudeza, la falsía y el peligro de la realidad, tomaría cuerpo en 1930, cuando “la Montaña” que había abatido a Alem, se ciña sobre el anciano líder para derribarlo. Una conjunción de fuerzas nuevas y poderosas, en un mundo con una economía en crisis, con otros rectores y otras ideologías, serán la lápida del mundo krausista de Yrigoyen, y quizá de esa clase media, tan típicamente argentina, descendiente de la inmigración masiva, que en él se viera representada, abriéndose camino, luego de vacilaciones y ensayos, a nuevas políticas que representarían el advenimiento al electorado de la masa provinciana, proletariado en ascenso social mediante la etapa de industrialización, que inclinaría hacia su lado la balanza del poder, en un país que no se parecía demasiado al oligárquico del 80, ni al aluvial de 1930.